

Minirrelatos

Fidelidad

Es la una de la mañana. Llueve. El frío se expande casi como puñalada. Un hombre maduro camina con cierto nervioso rencor por la calle despiadadamente iluminada. La enguantada mano derecha tiembla levemente al sostener el gran paraguas premonitoriamente negro. Proféticamente, no hay nadie. De pronto, en mitad de la calle, surge una niebla muy blanca en forma de nube. Se difumina lentamente y, como si fuera halada por la mano de un dios, una bellísima mujer aparece. Es alta y armoniosamente formada. Su dilatado cabello escarlata avernal tiene el límite de la decencia, y enciende la noche, apagando la ciudad. Su cuerpo es disciplinado desenfreno de fuego, deuda de carne que algún ángel convirtió en tentador mosaico de sangre de diosas muertas. Detrás de la fémica estalla una mata de mangos rojos, verdes y azules. La lluvia enmarca y hace fiesta con su cuerpo, y el aroma de las frutas crea una sensación de hermoso misterio que al hombre no le es desconocido. Sus ojos miel intenso arpegian un nuevo dejo a manzanas que se encadena a sus labios, mientras sus pechos duros como una verdad muy penosa retienen y juegan con la precipitación.

Víctor Díaz Goris

Licenciado en Psicología, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), 1990. Inglés como segunda lengua (ESL), Universidad APEC, 1991. Maestría en Gerencia de Marketing, Unapec, 2001. Maestría en Educación Superior, Proyecto Unapec-Camagüey, 2005. Posgrado en Educación Virtual, Virtualeduca, 2013.

Desde 1991 es docente de la Escuela de Idiomas y desde 2002 imparte docencia de diversas asignaturas del área de Psicología, ambos en Unapec. Como poeta y ensayista ha publicado artículos en las revistas *Ágora* y *Vetas*, en la versión digital del periódico *Listín Diario* y el periódico *El Nacional*. Ha obtenido numerosos reconocimientos, entre ellos "Poeta destacado del mes" y "Poema destacado del mes". Su poema "El Quetzal y Tú" obtuvo Mención de Honor en Argentina, sus poemas han sido incluidos en varias antologías internacionales. Fue miembro del grupo de poetas Juglares de la Academia, de la Academia Dominicana de la Lengua.

Ella y el árbol se acercan al hombre fascinado. Él cierra el paraguas y la lluvia, pese a caer ahora con mucha fuerza, no lo moja. Ella sonríe con malicia de serafines que conocen los placeres carnales. desnuda al hombre con una rápida y autoritaria mirada. Se abrazan con rabiosa desesperación. Se besan casi hasta el suicidio. De pie, el amor los hace. Luego, ella y todo lo que era suyo se desvanecen con la misma intensidad y ritmo con que aparecieron. La niebla, como un acto de piedad acordado, forma sobre la cabeza del satisfecho y rutinariamente sorprendido envejeciente una sola frase: "El mes que viene, a la misma hora". El hombre, todavía temblando, se aleja, feliz...

Merecido

La atractiva dama me miró como si yo fuera un insecto y me dijo: "Los poetas son unos engreídos. Creen que porque hablan bonito, las mujeres se derriten y tienen que andar detrás de ellos". No respondí.

Ella continuó: "También se imaginan que las mujeres son estúpidas y creen todas esas palabras vacías que nos dicen. Solo hablan y no hacen nada". Entendí que la dama había vivido hacía poco exactamente lo que estaba describiendo, pero no hablé. "Y tú", siguió diciendo con rabia no disimulada, "¿No dizque eres poeta? ¿No vi ves diciendo cosas bonitas, pero vacías a las mujeres?". La miré sin rencor. Y la besé.

Fracaso

Estuvo entre mujeres: una rubia deslumbrante que olía y sabía a mango, lo besó con rabiosa ternura... y luego lo abandonó. Otra pelirroja dañinamente hermosa lo abrazó con frío deseo... y lo dejó en mitad del espasmo. Luego vino una trigueña cuya belleza llenaba el alma de una paz engañosa que por compasión permitió que la abrazara, y lo dejó con las ganas. Finalmente, vino una negra soberana que lo miró como a un esclavo... y se negó a hacer el amor con él. Y Adán volvió al Paraíso, con el alma del color de esa mujer...

Causa

La bala explosiva tipo RIP calibre 45 ACP disparada por la pistola Colt 1911 destrozó la cabeza del hombre, y los restos de esta, del cerebro, sangre y huesos del varón fueron a parar a la blanca pared de la habitación, donde formaron las iniciales del nombre de la mujer que provocó esa muerte...

Venganza

Por tu traición me disparé en la sien, pero resucité. Ahora...

Persecución

¡La calle está viva! Tiene grandes escamas y espinas por todo el cuerpo. Lenta, pero implacablemente, se enreda en los árboles que son casi humanos, y los estrangula uno por uno. Toma la forma de una enorme pitón, se arrastra sobre sí y se dirige con rapidez hacia mí. Corro, desesperado. Me traga y sigue su curso asesino...

se ahuesa. Ella me tiende la mano, de un color blanco espeluznante, con perversa alegría. Me quedo inmóvil. En su sonrisa brilla la desgracia. Le doy la espalda. Su resplandor suena a lluvia de gusanos y mariposas. La muerta se apaga. No llega el amanecer...

Ojos en vuelo

La paloma tiene el cuerpo lleno de ojos de niños muertos, porque quien la crio tomó sus medidas, calculó cuántos cabían y, cuando al fin determinó el número, empezó a decapitar los chiquillos de cinco años, rubios y de ojos verdes, grises, azules y violetas que encontraba; y luego de sacárselos con un cuchillo, recogía la sangre en un hermoso cuenco de alejandrita, y los iba pegando sobre el plumaje y alas del ave. Ahora, cuando abre las alas, es una mirada multicolor viva y muerta lo que brilla en su vuelo, y emite una hermosa melodía que quiere ocultar (a veces lo consigue) el llanto que le recuerda al mundo que su belleza costó tanta inocencia, mientras su criador sigue sin saber la finalidad del sacrificio...

Vivencia

Despierto cuando la muerta se enciende en la habitación. El aire de la madrugada no avanza, se siente como papel mojado. Con orgásmico terror, el alma me abandona y el pensamiento

